

# En defensa de una arqueología explícitamente científica

## *In praise of an unambiguous scientific archaeology*

Juan A. BARCELÓ

Departamento de Prehistoria. Universidad Autónoma de Barcelona. E-08193 Bellaterra (Barcelona)  
juanantonio.barcelo@uab.cat

Muchos lectores pueden creer que el hecho de entablar un debate como éste en nuestra disciplina es señal de vitalidad de la misma. Antes al contrario, creo que no hace más que mostrar el profundo vacío y el fracaso más estrepitoso de la manera en que hemos estado haciendo arqueología. En una ciencia madura hay discusión, hay disparidad de opiniones, hay crítica incluso, pero se produce crecimiento en el saber; las diferentes opiniones enriquecen el debate, y ayudan a sumar conocimientos nuevos. En arqueología, por el contrario, cada uno de nosotros inventa lo obvio, defiende una verdad subjetiva e ignora lo que los demás dicen haber descubierto, encerrándonos en el solipsismo más absoluto. Demostramos total incapacidad por demostrar la validez de aquello en lo que decimos creer. La arqueología está enferma, quizás desde sus orígenes. Sufre de una grave indigestión de filosofía mal digerida, cuyos principales síntomas son una erupción incontenible de corrientes de pensamiento, a cual más original, que nacen (en profusión), se reproducen (poco) y mueren (enseguida), para que cuanto más movimiento aparentemente haya, menos cambio real se produzca.

La nuestra es, sin duda, una disciplina marginal, que ve con envidia cómo otras ciencias producen conocimiento, lo validan, y crecen acumulando aquella información que supera las pruebas a que ha sido sometida.

Ejemplo y síntoma de la marginalidad de la disciplina es la eternización del debate sobre la verdad. Considero que no hay otra alternativa al razonamiento histórico sobre la realidad social que la producción de conocimiento validable y el abandono explícito de la subjetividad. No es esto un ejemplo

de absolutismo ideológico, sino el reconocimiento expreso de la posibilidad de que uno pueda equivocarse en la mera tarea de llevar a cabo una investigación y en la explicación de cierto fenómeno, y en el convencimiento que ese error es detectable.

Con esto queda bastante claro que tomo partido expreso por la manera de abordar el problema de Manuel Domínguez-Rodrigo. Pero con matices. Manuel Domínguez-Rodrigo me permitirá una crítica, pero la ciencia no busca la verdad. Almudena Hernando me permitirá otra crítica, porque tampoco busca verdades diferenciadas. La ciencia busca el error. Ya nos gustaría buscar la verdad, pero ocurre que ésta sólo existe (virtualmente) en la mente de (ciertos) filósofos. Lo que hacemos es poner en duda lo que creemos, y buscar formas de superar esa duda, con nuevas creencias que también son sometidas a investigación para encontrar sus errores. Lo que buscamos es ajustar cierto *explanans* a cierto *explanandum*. Y ese ajuste nunca es perfecto. Tiene una naturaleza estadística, probabilística. Las matemáticas asoman así su pérfida cabeza en un ámbito, las humanidades, que había creído posible vivir al margen de ellas.

Hace cuarenta años David Clarke afirmó que el lugar propio de la arqueología era la facultad de matemáticas. Cuando se elaboraron los planes de estudio de la licenciatura de historia, allá por los años 90, a algún despistado programador se le ocurrió la peregrina idea de introducir dos asignaturas anuales obligatorias de estadística. Todos sabemos el resultado. La profesión con mayor número de analfabetos matemáticos es la nuestra. Y para ocultar ese no-saber, lo hemos sustituido por históricas retóricas en contra de la tiranía de los números y de

su no-adecuación para entender la sublime complejidad humana. Exactamente como Kant y Hegel hicieron al no entender ni una palabra de lo que habían afirmado Leibniz y Newton<sup>1</sup>.

Oscar Moro apuesta por una arqueología “moderna postmoderna” que investigando sobre los factores que pesan sobre nuestro presente avance hacia un conocimiento cada vez más riguroso del pasado. ¡Magnífico! También yo apuesto por ello, pero esa disciplina ya está inventada. Se llama “historia”, y es una ciencia cuyo objetivo siempre fue el conocimiento del proceso de formación del presente del investigador o investigadora. No hace falta criticar a la ciencia para afirmar esto. Constituye la auténtica definición de eso que hemos convenido en llamar “ciencia”. En el fondo, todo método científico es un método histórico por definición, ya que su propósito es hacer observables las condiciones en las que tiene lugar la interpretación, y poder validar la interpretación cuando las condiciones (tecnológicas, pero también sociales, políticas, económicas, etc.) han desvirtuado el análisis. La utilización de una teoría formal como la teoría de probabilidades posibilita esa manera de trabajar.

En contra de algunos participantes en el debate, creo tener suficiente apoyo empírico para afirmar que el análisis arqueológico no está necesariamente determinado por las condiciones en las que éste se produce. No tenemos por qué citar a un sinnúmero de filósofos para saber que el presente puede llegar a producir errores interpretativos. Pero seguirán siendo errores, que deben ser descubiertos en tanto que tales, porque es el mismo método el que los hará visibles a los demás investigadores e investigadoras. A veces no es la misma persona que ha presentado una explicación la que valida su proceso de formación. Es la comunidad académica, con una dinámica social, histórica y también política la que se va encargando de ello. Sí, Newton cometió errores, y Einstein, pero la Física no ha perdido su carácter científico por ello. Nosotros, arqueólogos aún somos incapaces de poner a prueba nuestros modelos referenciales, y los Marx, Darwin, Durkheim, Levi-Strauss, Foucault, etc. siguen imperando como referencias dogmáticas sin que a nadie se le ocurra validar esas informaciones, no con arreglo a “su” verdad, sino con arreglo a las observaciones disponibles en éste momento. Es cierto que en los últimos años la hiper-profesionalización de la investigación científica ha multiplicado los engaños, los errores y las estafas cometidas por investigado-

res anhelantes de reconocimiento mundial y éxito. No todos han sido denunciados todavía, pero en la medida en que se someten a análisis científico las condiciones en las que se ha producido cierto conocimiento, los errores se ponen de manifiesto. Esta es la clave y la bondad de la ciencia, la posibilidad de descubrir el error, y quizás por ello, el método científico sea la más artificial de todas las maneras de pensar, dado que no se parece en nada al sentido común, a la manera en que pensamos en nuestras vidas cotidianas.

Sin un método universal que nos permita poner en duda aquello que creemos es “verdad”, nadie podrá validar nada de lo afirmado y sólo quedará el recurso a la autoridad (¿moral, intelectual, política?) para aceptar la validez de una interpretación que nada explica. La alternativa es la transformación de nuestras creencias en hipótesis estadísticas y la adopción de una estrategia formalizada de contrastación de esas hipótesis. Una advertencia: no existe una única forma de comprobar la bondad del ajuste de una hipótesis estadística con la evidencia disponible. Los manuales de estadística cubren tan sólo la manera clásica (la prueba de chi-cuadrado y sus derivadas). Pero la estadística también ha avanzado en sus presupuestos y en sus métodos, y las formas de trabajar con hipótesis estadísticas son ahora extraordinariamente variadas y sutiles. No todos los problemas están resueltos, pero la conclusión es obvia para cualquier disciplina científica: cuantifica la evidencia disponible, porque sólo así descubrirás la probabilidad de cometer un error.

Me sumo a Manuel Domínguez en su denuncia tajante del engaño post-moderno, si bien estoy convencido de que no todas las pensadoras y pensadores que se suelen clasificar como tales participan de dicho engaño. El apresurado uso de etiquetas para calificar la manera de pensar de aquellos y aquellas que no piensan como uno mismo, nos lleva a generalizaciones subjetivas y, además, claramente erróneas. En este caso, creer que todo el post-modernismo es lo mismo constituye un error científico. Mi descalificación más absoluta va dirigida tan sólo a todos aquellos que renuncian al método, a la validación y entronizan la subjetividad del “todo vale”. El mismo teorema de Bayes nos dice que no todo vale, que hay un método en la crítica y en la revisión de las creencias. Rechazo a todos aquellos investigadores e investigadoras que creen que el “método científico” no puede aplicarse a los seres humanos para obtener información útil, porque

creen que los “valores” humanos no responden a métodos inventados para analizar electrones, ecosistemas, enfermedades o estrellas. Curiosamente, el término “valor” no deja de ser un término cuantitativo, relacionado con la noción de “medida”. Que el mismo método nos permita entender la realidad física y la realidad social no implica afirmar que la realidad social sea idéntica a la realidad material, sino que ambas deben estudiarse, necesariamente, de la misma manera. Por consiguiente, definiendo una aproximación a la realidad humana en términos de hechos, conductas, producciones. No dejo de lado, sin embargo, las intenciones, creencias o valores, sino que debemos incluirlos en tanto que productos, puesto que son informaciones producidas por los seres humanos a través de su interacción con otros agentes sociales y con la misma realidad física.

Si la arqueología pretende ser una ciencia, tendrá que abandonar su habitual “interpretación” de los objetos, y construirse en términos de problemas a resolver:

- *qué* tipos de acción social pueden ponerse en relación con conjuntos específicos de evidencias materiales. Es decir, qué efectos materiales produce la acción social y de qué manera podemos “reconstruirla” partiendo de la observación de esos efectos,
- *por qué* la acción social en cuestión se produce, cambia o permanece estable. Es decir, por qué varían a lo largo del tiempo y/o del espacio los efectos materiales de la acción social.

Dentro de las ciencias sociales, la arqueología aparece en realidad como una especie de “ingeniería inversa”, cuyos resultados serán utilizados en investigaciones más abstractas o interpretativas acerca de la naturaleza social:

- ¿Qué acción social (proceso de trabajo) causó (determinó, condicionó, influyó) el efecto material que puedo observar en el yacimiento arqueológico?
- ¿Qué acción social (proceso de trabajo) causó (determinó, condicionó, influyó) que otra (otras acciones sociales) tuvieran lugar en este lugar (o en un lugar relacionado) en un momento de tiempo posterior?

Resulta obvio que la resolución de problemas del primer tipo es una condición para la resolución de los del segundo tipo. Si no sabemos qué acciones se produjeron en un momento y lugar, difícilmente

averiguaremos por qué cambiaron a través del tiempo, y por qué la acción colectiva cristalizó en distintas formaciones sociales. Antes de resolver un problema histórico (“¿por qué pasó?”), debemos resolver el problema arqueológico (“¿qué pasó?”).

En cualquier caso, defender una arqueología explícitamente científica no significa defender exclusivamente la arqueología anglosajona de los años 60-70, más vinculada a un pretendido materialismo ecológico que al peculiar y paradójico tipo de “socio-física” basada en el materialismo histórico en el que me muevo con mayor familiaridad. El objeto de estudio de la arqueología debieran ser *todas* las consecuencias materiales de la acción humana; esto es, del trabajo de mujeres y hombres. Como resultado de nuestro trabajo, de nuestras relaciones con otras personas, producimos objetos, transformamos cosas, ya sea de manera consciente, ya sea de manera inconsciente. Todo lo que ha sido modificado en su forma, en su tamaño, en su composición, en su textura, en su localización, es pues un elemento del registro arqueológico. Las carcasas animales, los bloques extraídos de mineral, la tierra cultivada, la madera tallada y decorada, el paisaje transformado, el agua que se va a beber o se va a utilizar para regar son artefactos, de la misma manera que el cuerpo humano o la habilidad concreta de un individuo, sus valores y creencias, sus actitudes y conductas, las maneras cómo se ha relacionado con el vecino, los muertos que ha dejado a su paso, son artefactos, productos del trabajo, ya que su materialidad ha sido alterada por acciones como la caza, el despiece, el transporte y la repartición de la carne, su cocción y la fragmentación de huesos, el cultivo, el embalse de aguas y su canalización, la deforestación, la fabricación de instrumentos, la decoración de maderas, rocas o cuerpos, el nacimiento, crianza y educación de las personas, la violencia, etc.

Es en esos productos finales (materias primas, instrumentos, residuos y desechos) donde quedan reflejados los procesos de trabajo. El primer paso en esa ingeniería inversa que pretende averiguar la *causa* partiendo de la observación del *efecto* es, lógicamente, describir esa materialidad resultado de la acción social. Por descontado, en muchas ocasiones (a veces la mayoría) los materiales arqueológicos tienen una apariencia material o una localización determinada debido a todo lo que pasó desde el momento histórico de su depositación hasta la excavación arqueológica. El elemento original que fue consecuencia de la acción social pudo haberse

roto, pudo haberse alterado en su composición química, pudo haberse desplazado, su contenido en carbono 14 pudo haberse contaminado, etc. El primer problema arqueológico a resolver consistirá en averiguar hasta qué punto lo que observamos es resultado de lo que tuvo lugar en el yacimiento arqueológico después que la acción social original se produjera. Una vez que hayamos podido resolver qué aspectos de la materialidad arqueológica no son una consecuencia de todo aquello que sucedió en el yacimiento arqueológico después de su formación, pasaremos a plantear el problema arqueológico propiamente dicho (“¿qué pasó?”).

Sin embargo, no toda acción social tiene necesariamente consecuencias materiales, por lo que no siempre resultará arqueológicamente observable. Es una obviedad afirmar que aquello que no es perceptible no es analizable. Esta afirmación puede llenar de alegría a quienes como Almudena Hernando afirman que el estudio de los significados, de las motivaciones, no puede realizarse dentro de los cauces del denominado “realismo científico”. Creo que esa idea es incorrecta. Por un lado, la motivación y la intencionalidad de la acción, ya sea ésta individual o colectiva, son perfectamente analizables, siempre y cuando dispongamos de suficientes observaciones de la repetición de dicha acción a través del tiempo; por otro lado, suele olvidarse que en realidad todas las ciencias son no-observables. En raras ocasiones pueden verse las causas. Afortunadamente, aquello que no es observable en un aspecto, siempre tendrá otro que sí puede resultar observable, aunque quizás esté tan sólo indirectamente relacionado. No puedo “ver” el viento, pero sí que percibo cómo se mueven las hojas de un árbol. Los átomos no son observables, de la misma manera que el dolor de cabeza no puede “verse”, pero pueden medirse (indirectamente) porque sus consecuencias físicas generan efectos en otras entidades asociadas que sí resultan observables en las circunstancias adecuadas. Y prueba de ello es la energía atómica y los medicamentos. De la misma manera, el poder coercitivo de una parte de la población no puede “verse”, pero pueden medirse algunos de sus efectos. Este carácter indirecto de la evidencia de una causa es fundamental, y la ciencia permite predecir lo no-observable a partir de lo observable. Por descontado, esa predicción tiene una naturaleza estocástica, es decir, probabilística.

Por consiguiente, una arqueología expresamente científica no tiene por qué limitarse a un “economi-

cismo” de vía estrecha. Materialismo histórico no significa fijarse tan sólo en cómo comió la gente, sino que parte del supuesto de que todos los aspectos de la vida humana dependen de la necesidad de trabajar para poder comer. Para comer producimos información, símbolos, nos relacionamos con los demás, prohibimos a nuestros vecinos que hagan algo, les obligamos a que hagan otras cosas,... No sólo la producción y el consumo de la subsistencia generan consecuencias materiales, sino cualquier acción social, tanto política, como reproductiva o ideológica. Como es obvio, no nos quedaremos cruzados de brazos cuando una acción que suponemos pudo haber tenido lugar no puede observarse en su efecto material con la metodología disponible, sino que buscaremos nuevas maneras de documentar la acción social en el pasado, más allá de las limitaciones circunstanciales de los métodos y técnicas de medida disponibles en un momento dado. Hasta hace poco a nadie se le ocurría estudiar la composición isotópica de los restos humanos, ni la paleopatología asociada al sexo, ni los ácidos grasos en un sedimento con evidencias de termoalteración, etc. No siempre nos damos cuenta que el registro arqueológico proporciona mucha más información que la que puede parecer obvia en un momento dado. La arqueología es una ciencia experimental que estudia tanto en el laboratorio como a través de simulaciones computacionales, así como en la inmensa base de datos del registro documental etnográfico e histórico, las múltiples maneras en que una acción produce un efecto. Son muchas, en efecto, y muy diversas, pero no hay infinitas maneras, y las herramientas matemáticas y estadísticas hoy disponibles nos permiten organizar esa variabilidad.

Hemos llegado al *quid* de la cuestión. La arqueología observa la *variabilidad estadística* de ciertas consecuencias materiales de acciones humanas que tuvieron lugar en el pasado e intenta explicarla causalmente. ¿Por qué esta vasija tiene esta forma? Quizás porque fue la forma más apropiada para el uso al que se la destinó en el pasado, o bien por accidente, porque el horno se apagó cuando nadie se lo esperaba, por capricho de quien hizo esa cerámica, o por otras razones. Puede haber millones de causas posibles que explican por qué una persona hizo algo concreto en un momento y lugar determinado, pero existe con toda probabilidad una tendencia estadísticamente determinable para que un conjunto de personas hicieran lo mismo en unas circunstancias precisas. Es decir, si bien un objeto o

evidencia aislada no puede explicarse porque las soluciones posibles al problema arqueológico de la causalidad histórica de esa evidencia pueden ser innumerables, si dispusiéramos de una cierta cantidad de evidencias entre las cuales se pudiese fijar un cierto grado de asociación estadísticamente determinable, podríamos inferir que existió una causa común que produjo dicha asociación.

No estudiamos la causa de la acción individual, sino que buscamos determinar la acción colectiva, es decir, la *repetitividad* de las actividades de trabajo de los hombres y mujeres, y el grado de regularidad que manifiestan las consecuencias materiales de dichas actividades. Esa regularidad es la que nos permite afirmar que aquello que está asociado en el presente tuvo la misma causa en el pasado. Para explicar la dinámica de la acción colectiva, para explicar los procesos históricos de creación y transformación de las formaciones sociales no es necesario averiguar por qué cada uno de los artefactos arqueológicos (los productos del trabajo realizado por un grupo de personas relacionadas, precisamente, en razón de ese trabajo) son como son o aparecen donde aparecen, ya que ese estudio resulta, en la práctica, imposible, además de sin sentido. Tampoco necesitamos modelos universales de acción colectiva para poder interpretar los observables arqueológicos como sus realizaciones particulares. Se trata simplemente de buscar, identificar y medir la cantidad y naturaleza de la regularidad/irregularidad, de la semejanza/diferencia, de la homogeneidad/heterogeneidad, de la continuidad/variacón de las consecuencias materiales de distintas acciones sociales.

La arqueología debería analizar los objetos que son resultado del trabajo, que son producto de la acción colectiva, y a los mismos agentes sociales, que también son producto del trabajo y del esfuerzo de otros agentes sociales. Pero no los estudiamos porque ellos mismos sean importantes, por las intenciones o motivaciones individuales de los agentes que los produjeron, sino porque constituyen el aspecto "observable" de una parte de la acción colectiva; porque constituyen el conjunto de elementos materiales que usa el grupo humano para subsistir y reproducirse. Mi mayor diferencia con autores como Almudena Hernando radica en que considero que el interés de la investigación arqueológica se encuentra en el estudio de la acción colectiva, y no en el estudio de la acción individual. No porque la ignore o la considere poco importante, sino porque

la acción colectiva es mucho más determinante que la individual para conocer determinados procesos sociales. Descubrir por qué una población de agentes sociales actuó como actuó, me permitirá entender la manera cómo esa acción colectiva fue transformándose a través del tiempo para llegar a ser lo que es ahora. Por descontado, decir que una acción fue colectiva no quiere decir que todos los agentes sociales hicieron lo mismo o actuaron sincrónicamente, sino que entre una multiplicidad de acciones individuales asincrónicas existen determinadas formas de dependencia estadísticamente determinables.

No tiene sentido alguno estudiar el pasado, si no es para ayudarnos a construir el presente. Pero para ello ¡tiene que ser cognoscible! Obviamente, estudiarlo no quiere decir describirlo o testimoniarlo, que es lo que lamentablemente solemos hacer. Debemos analizar y explicar por qué nuestra sociedad es como es y no de otra manera. Mejor dicho, cómo se ha ido haciendo nuestra sociedad. Ninguna descripción de artefactos nos dará la respuesta que buscamos, sino un estudio que utilice los elementos que se conservan del pasado, para definir el proceso causal responsable del presente. Esto no sólo significa analizar cómo el poder social, político y económico se ha inventado un pasado, sino analizar qué conjunto de causas provocaron que ese Poder se pusiera a inventar Pasados. Tan importante como saber de qué modo nos están engañando, es conocer por qué nos engañan. También la clase social que nos dirige tiene un origen, así como los medios de control que utiliza. Y para ello necesitamos el método científico. ¡El análisis de la realidad social no puede quedarse encerrado en la hermenéutica subjetivista! Que existe racismo, o desigualdad social no es fruto de nuestra subjetividad, sino un hecho real, puesto de manifiesto gracias a la investigación científica con datos sociológicos, antropológicos y económicos. Cualquier negación de la capacidad que tenemos de conocer objetivamente cómo se ha formado nuestra sociedad, niega también nuestra capacidad de lucha colectiva y de construcción del futuro. Sólo podremos construir racionalmente el futuro definiendo las contradicciones del presente y estudiando sus causas.

Ese debiera ser el auténtico propósito de la historia y de la arqueología: el estudio de la continuidad que pueda existir entre pasado y presente. En otras palabras, de cómo las sociedades pasadas se convirtieron en nuestra propia sociedad. La arqueología no

debiera ser confundida con un conjunto de datos muy antiguos, por muy “procesuales” que sean, sino que se configura como una forma de razonar científicamente acerca del presente en su dimensión temporal, esto es, “formativa” o causal. El objetivo no está en el paleolítico en sí mismo, sino en el estudio de la transformación histórica de la animalidad en humanidad. El objetivo tampoco está en el neolítico ni en el origen del estado, ni en ningún periodo o grupo humano concreto, sino en la globalidad y carácter sistémico de las distintas trayectorias históricas posibles. El pasado por el pasado es tan contraproducente como el coleccionismo de anticuario. Aún sustituyendo una serie de cacharros muy antiguos por una serie de formas de vida muy antiguas, seguirá siendo una historia descriptiva, encerrada en unos ilusorios límites temporales, sin vinculación con el presente, dando lugar a una “reconstrucción” invalidable y fácilmente manipulable. Aunque la descripción de los hechos o materiales antiguos sea correcta y precisa, ese conocimiento se puede utilizar en la propaganda de cualquier forma de hacer el presente, porque la vinculación entre pasado y presente no se ha hecho explícita.

En definitiva, el pasado no es un conjunto de piedras ni de conductas, ni de ideas, sino nuestro propio presente hace algunos años (miles o millones). El orden social ha ido cambiando, transformándose paulatinamente, como resultado de multitud de causas, y esas causas, esos procesos de cambio en transformación siguen actuando sobre nosotros, por lo que nuestra sociedad cambiará, al igual que cambió entonces. Sí, es cierto, soy un determinista: todo aquello que existe está determinado por sus causas. Si hoy en día las relaciones de poder impiden la supervivencia de mucha gente, si en Europa Occidental el racismo está a la orden del día, si la explotación es la afición favorita de unos pocos, no es por azar, ni por voluntad divina. Todo tiene una causa. El problema es que el mecanismo causal y, por tanto, esa determinación, puede llegar a ser ex-

tremadamente complejo y, a veces, estar más allá de los métodos existentes para descubrirla.

De la misma manera que es posible “observar” y medir la existencia de contradicciones en el presente, podemos analizar el proceso de formación de esas contradicciones. El conocimiento del pasado puede ser “objetivo”, pero sólo en la medida en que permita una comprensión correcta (empíricamente ajustada a aquello que conocemos de los hechos) de la causa de los problemas o fenómenos del presente. Posiblemente sea imposible una descripción no sesgada de un momento concreto del pasado, pero cuando los distintos momentos aparecen vinculados entre sí y se consiguen entender sus formas de dependencia y el mecanismo causal, concluiremos la corrección de la investigación, aunque ésta siempre pueda ser abordada con más detalle y profundidad cuando la cantidad y naturaleza del conocimiento aumente.

Llegamos al final de mi defensa de una arqueología expresamente científica. En este artículo he definido la arqueología como la disciplina que estudia la variabilidad estadística de los efectos materiales de la acción social. Este recurso a los autómatas, a las matemáticas, a la teoría de las probabilidades, a los mecanismos de la lógica formal no constituye, sin embargo el *deus ex machina* salvador de la científicidad. Es una consecuencia obvia de la definición de la arqueología como una ciencia social útil que estudia las trayectorias históricas de la acción colectiva, y que deja de lado expresamente la acción individual.

¿Cómo pueden ayudarnos las matemáticas a entender la manera en que el pasado se convirtió en el presente? Lamentablemente este artículo tiene ya demasiadas palabras. Posiblemente un nuevo debate en *Complutum*, ya no en defensa o en contra de una arqueología científica, sino acerca de la necesidad del lenguaje matemático en arqueología y ciencias sociales, nos permitiera llegar al fondo de la cuestión<sup>2</sup>.

## **AGRADECIMIENTOS**

Mi agradecimiento a Laura Mameli y Florencia Del Castillo por su lectura crítica de una versión preliminar de este texto. Muchas de mis ideas acerca de qué cosa es esto que llamamos Arqueología han sido modificadas por el diálogo constructivo y debate con mis compañeros y compañeras del equipo de investigación conjunto entre el Departamento de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Barcelona y el Departamento de Arqueología de la Institució Milà i Fontanals (CSIC). Por descontado, ninguno de ellos o ellas es responsable de mis excentricidades intelectuales.

## **NOTAS**

1. No es éste el lugar para hacer una defensa de la filosofía de la probabilidad, pero me permitirá el lector o la lectora tan sólo un breve guiño a ciertos arqueólogos post-modernos: si bien algunas formas de entender la probabilidad emergen de un contexto rígidamente positivista (probabilidad = frecuencia), también existe una concepción probabilística del mundo mucho más crítica y dialéctica (probabilidad = valor de una creencia).

2. Para aquellos y aquellas que no puedan esperar y quieran una respuesta a la pregunta de cómo pueden ayudarnos las matemáticas a entender la manera en que el pasado se convirtió en el presente, puede leer mis libros:

BARCELÓ, J.A. (2007): *Arqueología y Estadística. I. Introducción al estudio de la variabilidad de las evidencias arqueológicas*. Servei de Publicacions de la UAB (Colección Materials, 187), Bellaterra.

BARCELÓ, J.A. (2008): *Computational Intelligence in Archaeology*. Information Science Reference (The IGI Group, Inc.), Hershey, Nueva York.

# Sobre los límites del constructivismo social y las posibilidades del concepto de verdad

## *On the limits of social constructivism and the possibilities of the concept of truth*

Alfredo GONZÁLEZ RUIBAL

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid  
aruibal@ghis.ucm.es

En el artículo sobre filosofía de la ciencia y arqueología publicado por Manuel Domínguez-Rodrigo (2008) se pueden encontrar numerosos puntos para un debate interesante. Coincido con él en parte de su crítica a la arqueología posprocesual, especialmente en lo que se refiere a superar definitivamente el constructivismo extremo, que está plagado de problemas políticos y epistemológicos. Mi intención en este comentario es defender lo que hay de defendible en la arqueología posprocesual y en la sociología de la ciencia, añadir otras críticas al paradigma en cuestión y proponer otra visión de la verdad que no sea la que abraza el realismo científico.

Un primer punto que me llama la atención del ensayo de Domínguez-Rodrigo es su fe en el *ISI Citation Index*. Si fueran objetivos, racionales e imparciales los criterios con que se eligen las revistas que forman parte del famoso *Index* no sería posible encontrar en él revistas como *Arabian Archaeology and Epigraphy*, con nulo impacto en el desarrollo de la arqueología, y que en cambio haya estado ausente hasta este año *Archaeological Dialogues*, una revista de referencia desde hace más de una década en nuestra disciplina. Tampoco tiene lógica (científica) que figuren revistas como el *Danish Journal of Archaeology*, una publicación que no recuerdo haber visto citada en mi vida. Es la denostada sociología de la ciencia la que permite entender por qué son ISI algunas revistas y no otras. Por ejemplo, sólo cuestiones extracientíficas (que no extraacadémicas) pueden explicar que la gran mayoría de publicaciones periódicas de humanidades y ciencias sociales del Consejo Superior de Investigaciones

Científicas (CSIC) de España sean ISI: *Trabajos de Prehistoria*, *Arbor*, *Hispania*, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* y *Emerita* y *Archivo Español de Arqueología*. Son buenas publicaciones en el ámbito español, pero desde luego no tienen la misma trascendencia para sus respectivas disciplinas que el *Journal of Human Evolution* o *American Anthropologist*. Uno puede sospechar que existen motivos más allá de la racionalidad científica para la inclusión en el índice de tales revistas. Más allá de nuestro país, en los últimos años han crecido las críticas a la forma en que se evalúan las revistas y se han advertido sesgos, especialmente de género (p.ej. Tregenza 2002). Resulta fácil, sin embargo, caer en este círculo vicioso: la investigación procesual es mejor y por eso se refleja en el ISI y el ISI es un mecanismo racional y objetivo de evaluar las revistas, por lo que la arqueología procesual es científicamente superior a sus contrincantes teóricos.

Domínguez-Rodrigo tiene razón cuando dice que muchos arqueólogos posprocesuales reducen la Nueva Arqueología a una caricatura, pero el propio autor no se ve libre de esta tendencia, pues da por hecho que la arqueología posprocesual mayoritaria se guía por un posmodernismo extremo que reduce toda la realidad a una mera construcción subjetiva de los actores sociales. Las posturas constructivistas radicales han sido criticadas en el seno de la arqueología posprocesual de la misma manera que lo han sido las aproximaciones nomotéticas ingenuas por parte de investigadores que se adhieren a la corriente procesual (sobre esto ha comentado Óscar Moro en el volumen anterior, *Complutum*, 2008,



19-1: 205-207). Pocos arqueólogos posprocesuales practican el constructivismo extremo.

Seguramente, la mejor forma de juzgar un paradigma no sea por sus excesos, sino por las propuestas teóricas y las aplicaciones prácticas más sobresalientes. Es difícil no admirar los trabajos de Binford, por muy posprocesual que uno sea, y del mismo modo habría que poseer un cierto fanatismo paradigmático para no darse cuenta de que las propuestas de Ian Hodder son mucho más que una *boutade*, un intento de destruir la ciencia o una estrategia para adquirir poder. Si reconociéramos lo que hay de valor en otros paradigmas podríamos enriquecer nuestras propias perspectivas teóricas. En eso, el afán de la arqueología simétrica por no hacer tabula rasa del pasado y dialogar con todos me parece una actitud loable (González Ruibal 2007). No se trata, sin embargo, de realizar una apología del eclecticismo, que suele relevar un conocimiento poco profundo de las corrientes teóricas, sino de una actitud crítica y abierta fundamental para el progreso científico.

Es cierto que las aproximaciones posprocesuales han engendrado monstruos: trabajos de escasa fundamentación teórica, basados en lecturas sesgadas e incompletas de fuentes filosóficas, antropológicas o sociológicas, en la repetición de clichés y en el afán de adscribirse a la última moda. Todo esto ha sido puesto en evidencia por personas que vienen de ambientes posprocesuales. Uno de los casos más obvios es el de la fenomenología, malinterpretada y vulgarizada hasta el límite por toda una generación de arqueólogos británicos cuyo conocimiento de Heidegger y Merleau-Ponty no proviene de los filósofos mismos, sino de lo que otros arqueólogos han dicho de ellos (cf. crítica en Olsen 2006). El consumo desenfrenado de teoría por parte de la arqueología posprocesual ha dado lugar a asimilaciones superficiales y erróneas del trabajo de pensadores de primer orden como Bourdieu o Foucault y ha llevado a descartar prometedoras líneas de análisis sólo porque ya se habían pasado de moda en determinados círculos académicos. Y desde luego hay algunos artículos de arqueología posprocesual que podrían haberse escrito con el *Postmodern Essay Generator* (<http://www.elsewhere.org/pomo>), un programa humorístico de ordenador que produce excelentes artículos posmodernos con sólo un click del ratón del ordenador.

Pero sería injusto criticar las aportaciones de la arqueología posprocesual sobre la base de su des-

ciencia menos afortunada. Manuel Domínguez se queja de que los posmodernos hacen referencia a posturas procesuales y de filosofía de la ciencia de hace 40 años, como si ambas no hubieran evolucionado. Es igualmente erróneo pensar que el paradigma posprocesual no ha variado desde mediados de los años 80. Existe mucha arqueología posprocesual sin excesos subjetivos ni constructivistas y creo que es ahí donde debemos encontrar lo mejor del paradigma. De hecho, el posprocesualismo, lejos de haber constituido un ataque a la ciencia, ha permitido ampliar los horizontes de lo cognoscible. No se puede rebatir el hecho de que ahora nos preguntamos muchas más cosas que hace 40 años y que tratamos de resolver esas preguntas de forma racional. Los arqueólogos posprocesuales, por ejemplo, recurren con frecuencia a la arqueometría y a la estadística para probar sus hipótesis (Jones 2004; Hodder 2005). Al ampliar el abanico de preguntas consideramos que existe una parcela de realidad mucho mayor que es aprehensible con el método arqueológico. Se puede decir, por lo tanto, que la heurística de la arqueología posprocesual es superior a la procesual, puesto que permite comprender una porción mayor de la realidad. Basta con echarle un vistazo a los monográficos publicados por *World Archaeology* (revista ISI no procesual, por cierto) para darse cuenta de cómo se han ido ampliando los horizontes de la disciplina desde finales de los años 60.

Es cierto que ha habido un énfasis exagerado en lo discursivo y en la construcción social. Pero la crítica a estos excesos también ha surgido dentro del propio paradigma. El interés de hoy en día por la materialidad parte precisamente de la base de que existe un mundo que no es irreducible al discurso ni incluso a la cultura. La cuestión, a mi parecer, es si podemos seguir hablando de arqueología posprocesual para una determinada corriente que critica duramente la subjetividad y el constructivismo, aunque siga haciendo suya una parte de la *agenda* posprocesual.

Pocos arqueólogos negarán que la realidad existe, pero eso no quiere decir que todos consideren que la ciencia es el único camino para llegar a ella, como entiende Domínguez Rodrigo. Creo que es necesario volver a la etimología de ciencia para ponerla en su justo lugar. *Scientia* originalmente significaba “conocimiento”. Las estrategias de purificación modernas, como las llamaría Bruno Latour, nos han hecho pensar, a partir del siglo XVII, que

el único conocimiento verdadero, la única *scientia*, es la ciencia, entendida en su vertiente natural o experimental. Estoy de acuerdo en que para poder llegar a la luna la *scientia* que vale es la de la física y no la poesía. Para comprender el origen del bipedismo está claro que la anatomía comparada es más útil que la música o la filosofía presocrática, pero eso no quiere decir que la ciencia físico-natural sea siempre la mejor manera de comprender y conocer el mundo ni que sea inherentemente superior por ser más racional. Creo que es muy importante ser consciente de los límites de determinadas aproximaciones teórico-metodológicas a determinados problemas y que debemos ajustar nuestra teoría a las posibilidades prácticas de nuestro objeto de estudio. El propio autor del ensayo así lo reconoce, cuando admite la licitud de ciertas perspectivas posprocesuales para la Prehistoria reciente. La cuestión es que no sólo en la Prehistoria reciente se pueden aplicar los planteamientos de este tipo. La arqueología es un campo mucho más amplio que la Prehistoria (un concepto, en sí, más que discutible): la arqueología histórica en sentido lato se ha beneficiado mucho de las nuevas teorías surgidas en los años 80. De hecho, algunos enfoques teóricos son extraordinariamente útiles para comprender mejor el momento actual o el pasado reciente pero resultan inaplicables para épocas remotas: *La distinción* de Bourdieu no ayuda a iluminar nuestro conocimiento del Paleolítico Superior. De la misma manera, creo que la aproximación procesual difícilmente puede ayudarnos a comprender mejor el totalitarismo o el colonialismo modernos. En el congreso de la *Society for Historical Archaeology* de 2006 tuve la oportunidad de asistir a una sesión sobre el asentamiento estadounidense en Alaska desde fines del siglo XIX en la que varios participantes recurrieron a aproximaciones procesuales para analizar el registro arqueológico. En el mejor de los casos, el resultado de sus investigaciones era banal y no aportaba nada a nuestro conocimiento; en el peor, resultaba francamente ridículo. Que las aproximaciones procesuales ofrezcan escaso valor para momentos históricos recientes no quiere decir que quienes las rechacen no intenten realizar un estudio arqueológico que sea racional y objetivo.

Es cierto, sin embargo, que la arqueología posprocesual tiene un problema con el concepto de verdad. No ha habido mucha reflexión entre los posprocesuales sobre qué se entiende por verdad. Decir que hay muchas verdades, y no una con ma-

yúscula, no aclara demasiado las cosas y favorece los malentendidos, cuando no los excesos relativistas. Como la verdad ha tenido mala prensa por sus connotaciones científicas, religiosas o totalitarias, los posmodernos (y los arqueólogos posprocesuales) han optado por esquivarla, denigrarla o fragmentarla. Esto significa que los antropólogos, arqueólogos e historiadores pospositivistas han dejado algo tan importante como la verdad en manos de los positivistas. En mi opinión, es necesario recuperar este concepto clave por razones científicas, filosóficas y políticas. Respecto a las últimas, Richard J. Evans (2000: 191) lo explica sencillamente: “El compromiso político ha sido la fuente de mucha buena historia y continuará siendo una influencia poderosa en los historiadores del futuro. Pero la historia sólo puede proporcionar apoyo convincente y empoderamiento político en la actualidad si puede reivindicar de forma convincente que es verdad”.

Respecto a las razones científicas y filosóficas, no tenemos por qué creer que la única posibilidad se encuentra en el positivismo o en el realismo científico. Existen otras formas de entender la verdad, como las que proponen Martin Heidegger o Alain Badiou. Este último considera que debemos considerar una verdad “al mismo tiempo como la construcción de una fidelidad a un evento y como la potencia genérica de transformación de un dominio del saber” (Badiou 2005: 43). La verdad, para Badiou, es siempre algo nuevo. El problema filosófico esencial en relación a la verdad es comprender su aparición. Para que un proceso de verdad comience, dice el filósofo, algo debe ocurrir. Lo que ya existe –la situación de conocimiento como tal– no genera más que repetición. Para que una verdad afirme su novedad tiene que haber un suplemento y ese suplemento es imposible de predecir, es incalculable (esto es lo que Badiou denomina “evento”). Una verdad, por lo tanto, aparece en su novedad porque un suplemento “evental” interrumpe la repetición.

Ejemplos de ello serían el surgimiento de la tragedia con Esquilo, la física matemática con Galileo, un encuentro amoroso que cambia una vida o la Revolución Francesa (Badiou *ibid*: 46). Lo que hace Badiou, por lo tanto, es extender, y al mismo tiempo restringir, el concepto de verdad. Para el filósofo, el arte, la ciencia, el amor y la política son todos campos en los que puede surgir lo nuevo de la verdad. El problema es que algunos filósofos de la ciencia han secuestrado el concepto de verdad, lo han limitado y lo han reservado exclusivamente pa-

ra las ciencias físico-naturales o para aquellas disciplinas que tratan de acercarse a ellas. La cuestión que se nos plantea es ¿dónde está la verdad de la arqueología? Para algunos, especialmente en los últimos tiempos, se halla en el arte, para otros en la ciencia. No obstante, sería estéril tornar el debate sobre la verdad en una nueva discusión sobre las ciencias del espíritu y de la naturaleza. De lo que se trata es de comprender que en ambos casos el proceso de verdad es semejante y se basa en la fidelidad a un evento, que es impredecible y sobre todo indiscernible. Por indiscernible se entiende que no se puede decidir si es verdadero o falso utilizando las reglas del conocimiento establecido (de lo contrario no sería un evento). La verdad comienza con una decisión sin base. La verdad que surge de ese evento, sin embargo, es genérica e infinita. Genérica en el sentido de que genera nuevas realidades e infinita porque no hay un límite a esas reali-

dades. Después de Galileo, dice Badiou (ibid: 48), no existe un subconjunto de conocimiento cerrado y unificado que podamos llamar “Física”. Lo que existe es “un conjunto infinito y abierto de leyes y experimentos”. Precisamente porque la verdad es infinita no puede forzarse: si se fuerza llegamos al problema de la verdad integral en la ciencia o el totalitarismo en la política. En toda situación, escribe Badiou (ibid: 49), hay un punto real que resiste la potencia del infinito genérico.

La arqueología que se ajusta a una noción de verdad propia del realismo científico es incapaz de ser fiel a los posibles eventos que den lugar a una verdad genérica e intotalizable: se contenta con reproducir el conocimiento establecido e intenta forzar el límite de la potencia de la verdad. Eso es lo que han hecho los procesuales durante las últimas dos décadas, tras su fidelidad inicial al evento que fue la Nueva Arqueología.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BADIOU, A. (2005): *Infinite thought*. Traducido por O. Feltham y J. Clemens. Continuum, Londres y Nueva York.
- DOMÍNGUEZ-RODRIGO, M. (2008): Arqueología neo-procesual: “*Alive and kicking*”. Algunas reflexiones desde el Paleolítico. *Complutum*, 19(1): 195-204.
- EVANS, R.J. (2000) [1997]: *In defense of history*. W.W. Norton, Nueva York.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (ed.) (2007): Arqueología simétrica: un giro teórico sin revolución paradigmática (con comentarios). *Complutum*, 18: 283-319.
- HODDER, I. (ed.) (2005): *Changing Materialities at Çatalhöyük: Reports from the 1995-99 Seasons*. McDonald Institute for Archaeological Research, Cambridge.
- JONES, A. (2004): Archaeometry and Materiality: materials based analysis in theory and practice. *Archaeometry*, 46 (3): 327-338.
- OLSEN, B. (2006): Archaeology, hermeneutics of suspicion and phenomenological trivialization. *Archaeological Dialogues*, 13(2): 144-150.
- TREGENZA, T. (2002): Gender bias in the refereeing process? *Trends in Ecology & Evolution*, 17(8): 349-350.

# **Arqueología neo-procesual: Alive and kicking... What? Theoretical camps, motivational attitudes and academic amnesia**

## ***Arqueología neo-procesual: Alive and kicking... ¿cómo? Campos teóricos, motivos de actuación y amnesia académica***

**Timothy WEBMOOR**

Archaeology Center, Stanford University  
timothy.webmoor@standord.edu

Archaeologists have always reviled relativism. Even those skillful theoreticians commonly perceived as champions of ‘anything goes’ archaeology attempted to dispel the specter of relativism by turning it on itself –by “relativising relativism” (cf. Hodder 1997). It puts those so labeled into a corner with little epistemological elbow room. This is because relativism, simply put, is unscientific. Indeed, even for the humanities it is a scourge. Anathema to the academy, to authoritative scholarship, only a few disciplines espouse relativity –the ‘cultural relativity’ of anthropologists. And here it may be more of a vestige of the counter-measure in the science wars of the 1970s to carve out a topic of inquiry that the discipline was uniquely qualified to study. Or, as Ian Hacking (1988: 95), a philosophizing proponent of scientific realism characterizes the struggle, a “colonial war” with the proverbial nature versus culture tug-of-war over academic territory. Only cultural and social anthropologists would advocate relativity in the realm of truth –now renamed ‘positionality’. Otherwise it is no more than a tactical term deployed to arouse knee-jerk suspicion. And, more often than not, those aspiring to the credibility and authority of scientific certainty deploy it. In short, relativism is, as epistemologists trained in logical argumentation have long pointed out, self-defeating.

The worry of relativism in archaeology has been raised once again by Professor Domínguez-Rodrigo (2008). While the article does not wrestle at length with relativism per se, epistemological unease is

the palpable undercurrent of the entire piece. As I read it: unfettered by the rigor of rational inquiry, that is, according to well developed criteria of epistemological justification, archaeologists are likely to present ‘just so’ stories about the past that lack authority –and so offer ‘knowledge’ little better than that of *curanderos* or ‘UFologists’– and spend far too much time criticizing processual archaeology’s ambitions of being part of the scientific club. The article suggests that these type of archaeologists, we might say those who renounce the solidity of the slow, laborious (but Lakatos’s progressive) quest for truth, drift on the currents of academic trends - trends in the humanities that may have more allegiance to politics and society than to careful reasoning. This is good rhetorical strategy, and the article’s use of hyperbole and ‘strawmaning’ make the argument for taking scientific realism (understood through Bunge and Bhaskar) as advisor to archaeology seem sensible to endorse. To take a position contrary to the article would be to invite the epistemological specter that the article is meant to ward off.

We have certainly encountered this type of admonition before, particularly during the debates of twenty years ago when postprocessualists and processualists explicitly debated the issue of epistemology in the pages of international journals (for example, Shanks and Tilley [with commentary] 1989). Aside from a Lampeter Archaeology Workshop dedicated exclusively to the topic of relativism (1997), the back-and-forth between these two currents of

thought in archaeology appeared to be largely settled. Reviewing the theoretical literature, I would suggest around the time of George Cowgill's (1993) conciliatory Distinguished Lecture to the American Anthropological Association calling for archaeologists to get 'beyond criticizing new archaeology'. Since this time, the majority of articles in North American archaeology's flagship journal (*American Antiquity*) discussing epistemology have been at pains to highlight shared criteria of epistemic justification, methodology and research strategies. Many inclusive papers have been presented to try and string-theory archaeology back together. While, as the article rightly draws attention to, the political economy of archaeology –gauged by the Citation Index– is still predominantly driven by scientific standards, there is a growing 'backstory' of theoretical diversity –often not featured in the headlines of ISI journals. Even in North America, where funding, publication and professional advancement (in academic and private CRM archaeology) favours those with a scientific orientation, and where the legacy of New Archaeology still innervates research, there is the establishment of 'inter-theoretical' centers for archaeology (such as at Stanford or Brown Universities), new journals for less-than-hard scientific archaeology (such as the *Journal of Social Archaeology*), as well as publishers who cater to monographs on these topics (amongst others, Alta Mira Press and Left Coast Press). So the theoretical weather patterns are much more in flux than twenty years ago when the few vocal and self-avowed post-processualists and their targets of criticism could be individually named. Coming personally from a center where the editors of both the *Journal of Archaeological Science* and the *Journal of Social Archaeology* share space, and where diatribe over epistemology split apart departments (now reunified), I wonder how helpful and salient it is to keep discussing epistemology.

So why another Binford style 'fighting article' now? Especially at a time when the old divide between 'processualism' and 'postprocessualism' is neither so great nor even that clear. Should those of us trained in the thought of one of the strawman 'camps' –so called 'postprocessualism'– feel provoked to debate some of the epistemological issues and defend such an 'irrational' position that is little more than (cf. the quote from Bhaskar) an 'academic game'? To the contrary, I think the article makes many excellent points. In particular, the dissa-

tisfaction with a discipline that increasingly fragments into many distinct 'camps' due to a lack of debate about standards and the concern over what I infer to be the pressure to be politically correct and include non-specialists along side archaeologists in interpretation. Moreover, it admirably calls the attention of archaeologists to the unhelpful practice of 'academic amnesia'.

Despite the best efforts of philosophers interested in archaeology (especially Gibbon 1989; Wylie 2002), much of the criticism of new archaeology was based upon targeting the principles of an already outmoded logical positivism. While correctly identifying the reductionist tendencies of the new archaeology, in terms of explanation, many post-processualists themselves reduced the complexity of new archaeology's philosophy to a positivism that had undergone considerable internal development since the Vienna Circle. An academic amnesia for advancement of an agenda. Unfortunately, even though Guy Gibbon's (1989: ch.1) clarification of the difference between logical positivism and the later logical empiricism was published under the ambit of postprocessualists, most of the smoke had already cleared and the book found little traction. Furthermore, the postprocessualists did not identify the development that had occurred within new archaeology, one which divided 'first generation' processualists from the later generation who produced some of the 'excesses' of scientific ambition that Domínguez-Rodrigo's article refers to. These elisions combined with a lack of deep reading contributed to an all-to-easy strawmaning of new archaeology. The article's point is well taken: one ought not criticize what one doesn't understand. Otherwise, posturing and politicking take front stage.

Unfortunately, all misunderstandings and mischaracterizations aside, the active debate has subsided and in its place is a plethora of widely diverging camps, each one plying its trade and pedagogy with little reference to one another. Along with the diversity of approaches that the article cites for postprocessualism, I would add the range of approaches that are the legacy of processualism, from behavioural archaeology to evolutionary and cognitive-processual archaeology (Hodder 2001 gathers a representative sample). To be sure, one can occasionally find a debate regarding standards of evidence and/or research design between, for example, evolutionary and behavioural archaeologists in the pages of *American Antiquity* (for example Bamforth

2003), but by and large the heyday of explicit epistemology are passed. The political economy of the discipline in certain nations, such as Britain and the United States, supports expanding departments, and so there is little incentive for these camps to engage in competition. This is why this article –though it may be a little too nostalgic for the invigorating days of new archaeology–, and others like it are needed. Theoretical archaeology ought to get back to debate, back to discussion! But is epistemology the right debate? Is it the right trench to be digging in –in hopes of reaching solid and neutral bedrock?

The proponents of Symmetrical Archaeology, while they have been prematurely labeled as ‘post-processualists’ in Domínguez-Rodrigo’s article and misinterpreted as part of the Sociology of Scientific Knowledge (SSK) by Oscar Moro in a previous edition of *Complutum* (see Gonzalez-Ruibal 2007), likewise bemoan the dispersion of archaeology through theoretical disengagement (Webmoor and Witmore 2008). They too warn that without such debate, ‘epistemological’ positions in archaeology as undermining as social constructivism, while perhaps popular for their political correctness in a post-colonial and globalized world, no longer take the things of the past seriously and offer little aside from meaning attribution by contemporary people. There are definite kindred spirits worried about the future of the past, but due to the complexity of the issues involved, they may no longer be easily lumped under familiar –especially oppositional– labels.

For all of these reasons, the article by Prof. Domínguez-Rodrigo is most welcome as a defense of ‘neo-processualism’, especially given that I believe he taps into how the vast majority of archaeologists conduct archaeology according to common sense principles. Principles that owe much to discussions within scientific realism, but which have not been presented to a wide audience in archaeology (despite valiant attempts by Gibbon 1989; Wylie 2002; Kelley and Hanen 1988). The focus upon ‘open systems’ in scientific realism, where multiple, intervening or even contradictory influences create effects, as opposed to the ‘closed system’ of constant conjunctions in logical positivism and empiricism, could graft onto and elucidate the issues involved in the ‘Pompeii Premise’ debates of Binford and Schiffer and the possibility of independent Middle Range Theory (MRT) in general. What is the status of MRT and how does it function in moving from the static, archaeological context to the

past, dynamic context? Another important question for the scientific realists (particularly Bhaskar) was the applicability of naturalism to understanding human societies. Now widely read through the semiotic and sociological lens of Giddens and Bourdieu, the realists emphasize a complicated picture of the casual power of social forms, necessitating a differentiation between individual volition and social structure. Unlike the dialectical approaches of Giddens’s structuration and Bourdieu’s theory of practice, the Bhaskarian realists insisted that people and society are *not* related as integral parts of a process. As agency theory, along with the desire to recover individuals in the past, is a favored path amongst late pre-historians and historical archaeologists, developing a realist account could offer fruitful possibilities to compare and contrast with current structure-agency theorizations.

The further elaboration of scientific realism, combined with actual case studies of how it is employed in archaeological research, is what is missing, though. Wylie, Gibbon and Kelley and Hanen are edifying in their varied proposals of scientific realism. Yet unlike the debates of the new archaeology and between processualists and postprocessualists, we lack thorough examples to convince us of the *practical* utility of scientific realism. So when Wylie (1993), as an example, unpacks reasoning from evidence, drawing upon a savvy, up-to-date understanding of scientific realism, we are left with a muddled picture of ‘mitigated objectivism’ that purports to avoid the perennial ‘horns of the (epistemic) dilemma’ by tacking-back-and-forth between ‘source side’ and ‘subject side’. Similar to Hodder’s most recent portrayal of the interpretive exercise, a ‘fitting’ of interpretation and data, Wylie develops a quite complex and all-embracing account of how archaeologists incorporate subjectivity (the ‘source side’ of background assumptions and theory) and objectivity (the ‘subject side’ of the empirical constraints of the archaeological material). Though explicit in its epistemology, Wylie’s account is really quite commonsensical: question the assumptions built into your theories, and bring to bear multiple lines of evidence. Where she does develop the account in great detail is in how we are to go about tacking ‘vertically’ on the source-side; and here she draws upon the ‘standpoint theory’ of Sandra Harding’s ‘strong objectivity’. Including politically motivated ‘standpoints’ (particularly feminist) will actually increase the robustness of this ‘mitigated

objectivism' because these biased viewpoints serve as a check on the privileged biases of mainstream archaeologists in their source-side work. Using an old pragmatist metaphor, this checking forms a cable of 'ampliative inference' composed of different threads that constrain one another and collectively hold strong –pulling us from the mire of relativism versus objectivism. The problem is that such a solution only substitutes pesky epistemological criteria for equally intractable criteria: how do we decide who or what groups constitute a 'standpoint' we ought to include? Only feminists who adhere to a shared motivational attitude about science? Or indigenous groups, curanderos and even UFOlogists? In the end, Wylie admirably introduces many useful lessons from scientific realism, but she destabilizes her epistemic considerations ('mitigated objectivism') by exploiting precisely the social contingencies that she would hope to overcome.

I suspect that Domínguez-Rodrigo would favour neither Wylie's infusion of standpoint theory into her scientific realism, nor the call to include politically motivated stakeholders into the reasoning process –a sure renouncement of Popper's principle of 'demarcation'. I wholeheartedly agree that we should be aware of the literature and potential use of Bhaskar, Bunge and Rom Harre's writings on science. That it is not the philosophy of science of Carnap and Hempel (or even the Vienna Circle) that came under intense scrutiny twenty years ago. That it is much more savvy and socially aware than earlier philosophy of science. (In return, of course, I would ask the author to be aware of recent Continental Philosophy rather than lodge 'irrealism' with the writings of philosophers not forty years ago but of the 18<sup>th</sup> and 19<sup>th</sup> centuries.) But I think Wylie's dilemma (and difficulties with other 'epistemic settlements' that hope to unify the discipline) points to the polemics of philosophy in, of and for archaeology: why do we take philosophers to be the adjudicators of good archaeology? Is it that they understand the logic involved in constructing robust epistemology? Where has the importation of philosophers' thought gotten us? Archaeologists have been far from successful in reaching consensus as to what constitutes a 'good explanation'. To the contrary, recent debates highlight how, when explicitly wrangled with, epistemological concerns have done very little for archaeology. Instead, the proverbial epistemological ambiguity which results from a commitment to correspondence theories of truth

(and by default to the dichotomies they presupposes) further disperse the discipline into insular, intellectual camps which propose, evaluate and condone very different types of explanations.

As 'practical intellectuals', archaeologists should indeed be well informed of debates in other disciplines, to be collaborative and inter-disciplinarian, but philosophy has lost its privileged role as the handmaiden of the sciences. We need to be convinced of the 'cash value' of philosophy of science for archaeologists; what practical difference does it make in how we work? Epistemology is still as troubling as it sounds. It may help to clarify our logic, but looking to the dis-unification of post-positivist philosophy and their perennial epistemic wrangles, I think we ought to rely upon our own pragmatic sensibility informed by practical know-how. What works for a group of inquirers in generating productive research questions. Aside from humble, common sense procedures –of the sort that Wylie proposes– there will be no explicit epistemological criteria. There are just far too many 'motivational attitudes' that inform why we do archaeology, what literatures we believe to be helpful, what questions prompt us and what answers seem reasonable and interesting. Though explicit criteria are precisely what the article bemoans the lack of, I think the article is most successful in asserting this very conclusion: the vast majority of (particularly Paleolithic) archaeologists, as indexed by the ISI, employ common sense, scientific standards in their research. And it works well for them. If anything, the intellectual evolution of Hilary Putnam, one of the primary proponents of scientific realism, indicates the exasperation within philosophy of science with epistemology and a move to (neo-analytical) pragmatic conduct (Conant and Zeglen 2002).

Paradoxically, I think explicitly debating in terms of epistemology, arguing for the prominence of this or that school of philosophers, is what contributes to the splits, 'fashionable trends' and obfuscating labels in the discipline. Instead, using research criteria that already work for us, archaeologists of various camps are letting the 'spinning wheels' of epistemology pass us by, focusing instead on our strengths with things (González-Ruibal 2007). It is a shift of emphasis to ontology. Instead of what is good to think, defined by certain motivational attitudes, we ask what do we think with and what are the practical outcomes? Debate is important, but the debate has moved on.

**BIBLIOGRAPHIC REFERENCES**

- BAMFORTH, D. (2003): What is archaeology? (Or, confusion, sound, and fury, signifying...). *American Antiquity*, 68(3): 581-584.
- CONANT, J.; ZEGLEN, U. (eds.) (2002): *Hilary Putnam: Pragmatism and Realism*. Routledge, London.
- COWGILL, G. (1993): Beyond criticizing New Archaeology. *American Anthropologist*, 95: 551-73.
- DOMÍNGUEZ-RODRIGO, M. (2008): Arqueología neo-procesual: "Alive and kicking". Algunas reflexiones desde el Paleolítico. *Complutum*, 19(1): 195-204.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (ed.) (2007): Arqueología simétrica: un giro teórico sin revolución paradigmática (con comentarios). *Complutum*, 18: 283-319.
- GIBBON, G. (1989): *Explanation in Archaeology*. Basil Blackwell, Oxford.
- HACKING, I. (1988): *Representing and Intervening: Introductory Topics in the Philosophy of Natural Science*. Cambridge University Press, Cambridge.
- HODDER, I. (1997): Relativising relativism. Commentary on the Lampeter Archaeology Workshop. *Archaeological Dialogues*, 4: 192-194.
- HODDER, I. (ed.) (2001): *Archaeological Theory Today*. Polity Press, Cambridge.
- KELLEY, J.; HANNEN, M. (1988): *Archaeology and the Methodology of Science*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- LAMPETER ARCHAEOLOGY WORKSHOP (1997): Relativism, objectivity and the politics of the past. *Archaeological Dialogues*, 4: 164-84.
- SHANKS, M.; TILLEY, C. (1989): Questions rather than answers: reply to comments on 'archaeology into the 1990's'. *Norwegian Archaeological Review*, 22: 42-54.
- WYLIE, A. (1993): A proliferation of new archaeologies: 'beyond objectivism and relativism'. *Archaeological Theory: Who Sets the Agenda?* (N. Yoffee and A. Sherrat, eds.), Cambridge University Press, Cambridge: 20-26.
- WYLIE, A. (2002): *Thinking From Things: Essays in the Philosophy of Archaeology*. University of California Press, Berkeley.
- WEBMOOR, T.; WITMORE, C. (2008): Things are us! A commentary on human/things relations under the banner of a 'social' archaeology. *Norwegian Archaeological Review*, 41: 53-70.



# ¿Eran los Caballeros de la Mesa Redonda procesuales o posprocesuales?

## *Were the knights of the Round Table processualist or post-processualists?*

**Manuel DOMÍNGUEZ-RODRIGO**

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid  
m.dominguez.rodrido@gmail.com

En mi anterior intervención crítica sobre el conjunto de paradigmas posmodernos (Complutum 19, 2008), recalca que los arqueólogos procesuales y los posprocesuales estaban destinados a no entenderse ya que residen en universos conceptuales separados; los primeros creen en el concepto de verdad, limitan el alcance de conocimiento, se abrazan a criterios epistemológicos de realismo científico y reniegan de manipular maniquéamente el pasado para politizar el presente. La mayor parte de los segundos son relativistas que rechazan del concepto de verdad, equiparan el conocimiento con el amor y la poesía, son fabricantes de discursos dentro de lo que se conoce como constructivismo social, rechazan la existencia de criterios de demarcación, y mantienen activa una agenda política que se nutre con cierta regularidad de alardes de sofismo con frecuencia equiparable al de Protágoras. Entre ambas posiciones no veo el hueco para tender puentes. Aunque la intervención de Webmoor es moderada, posiciones como la de mi colega Ruibal no son sino un ejemplo descafeinado de semejantes actitudes posprocesuales relativistas. Veamos por qué.

Alfredo González Ruibal reniega de los excesos del paradigma al que está suscrito (que califica como constructivismo extremo), sin especificar cuáles son éstos. En contraste, no define cuáles son los criterios de un constructivismo moderado que lo convertirían en más deseable. A continuación mostraré cómo ambos tipos de constructivismo no definen sino dos extremos complementarios de una misma corriente de pensamiento. En el primer paso para deconstruir los argumentos que yo señalaba con anterioridad de que el mundo de las revistas de impac-

to se rigen predominantemente por criterios epistemológicos de realismo científico, Ruibal aporta un listado escueto de varias revistas ISI que no encuentran acomodo en semejante paradigma. Probablemente no le sorprendería si le digo que el listado de revistas “no científicas” que forman parte de ISI es mucho más amplio. Para entrar en la base de datos de ISI, sólo es necesario cumplir una serie de requisitos formales (entre los que se encuentra la regularidad de la publicación y la revisión por pares de los trabajos) y no es necesario pasar un examen de realismo crítico. Este formalismo tiene poco de extra-científico en el sentido constructivista expresado por Ruibal. Sin embargo, una cosa es entrar en la base de datos de ISI y otra muy diferente tener asignado un impacto académico. El primer tipo de revista es académicamente nulo (sólo sirve para que los aquejados del síndrome Bienvenido Mr. Marshall presuman de que el tío Sam reconoce su existencia), mientras que el segundo tipo (siempre que nos refiramos a valores de impacto elevados) es el que regula la dinámica académica internacional. Dicho impacto se consigue por el número de veces que los trabajos publicados son citados, lo cual es testimonio indirecto de su influencia y relevancia en la disciplina a nivel general, en un mundo académicamente globalizado. Ruibal no distingue ambos conceptos. Por ejemplo, de las revistas que menciona, varias no son revistas de impacto, en contra de lo que afirma; no tienen asignado ningún valor por ISI.

De los cientos de revistas que forman parte del listado oficial de ISI no todas gozan ni del mismo impacto académico, ni de una misma influencia en la praxis de la disciplina. De aquéllas que sí tienen

asignado un valor de impacto, hay que diferenciar entre las que tienen un valor elevado (reflejando su importancia en cómo se concibe la disciplina) y las que tienen un valor escaso. De estas últimas, aquellas revistas que tienen valores inferiores a 0.5 indican un impacto académico prácticamente nulo al ser poco citadas. Cuando anteriormente aludía al paradigma predominante en las revistas de impacto, me refería a aquellas que figuran de manera hegemónica en nuestra disciplina, es decir, dentro de las 10 o 20 primeras según su valor de impacto. Y dentro de estas revistas de mayor influencia en la praxis de nuestra profesión académica, la mayor parte de ellas (sobre todo las de mayor valor) surgen de planteamientos epistemológicos claramente vinculados con el resto de revistas científicas y, por ende, con el realismo científico. El círculo vicioso que menciona Ruibal no existe; la clasificación de las revistas en el sistema ISI es racional (no constructivista): cada puntuación refleja lo mucho o poco que los trabajos de cada revista son citados y por lo tanto, su influencia real. Podría decirse que dicho sistema es darvinista: las revistas no citadas no son aptas para pasar el examen de selección académica y su valor decrece cada año en la evaluación que ISI realiza. No vale, pues, como hace Ruibal, comparar revistas ISI de una liga de segunda regional con las que figuran en la Champions League. En resumen, basta echar un vistazo al listado ISI de esta última para ver que la investigación procesual tiene mayor impacto, es mucho más usada y citada (con una diferencia muy amplia a tenor de los valores de impacto de cada revista) tal y como también reconoce Webmoor.

Mi colega Ruibal matiza que el posprocesualismo moderado tiene como virtud no llegar al relativismo absoluto, como si las diferencias de un paradigma a otro fueran cuestión de variación gradual, con el procesualismo a un lado, el constructivismo extremo en el opuesto y el constructivismo moderado en medio. Nada más lejos de la realidad; estos posicionamientos son dicotómicos y excluyentes. Ruibal podría haber otorgado credibilidad a su posición moderada si hubiese explicitado cuáles son los criterios epistemológicos de dicho posicionamiento, en vez de hacer lo que Bashkar (2002) imputa críticamente a los posmodernistas de “talking about talking” sin justificar que aquello de lo que se habla exista. En su querencia hacia Heidegger, Ruibal deja entrever esta contradicción. Heidegger junto con Nietzsche han sido la base del pensamien-

to de Derrida, poco sospechoso de haber sido un “monstruo postprocesual” según la definición crítica de Ruibal, y pilar fundamental de deconstruccionismo que niega la existencia de la realidad y reduce todo a un juego relativista. El mismo Heidegger, como miembro del movimiento hermenéutico, manifiesta que la palabra es la morada del ser, por lo cual, el ser es un juego del lenguaje, como también sostenía Carnap. Esto lo recoge críticamente Bunge (2006: 96) cuando afirma que “falsedad más lógica (Carnap) o menos lógica (como en Heidegger) es igual a falsedad”.

Del mismo modo, Ruibal pondera en positivo a Foucault, quien niega la objetividad y con ella la posibilidad de reconstruir la realidad humana (Foucault 1970). En mi anterior crítica al posmodernismo (número 19 de *Complutum*) ofrecía varios argumentos mostrando el profundo grado de relativismo en el que incurrieran los mismos personajes que Ruibal arroja con aprecio bajo un constructivismo moderado y su incompatibilidad con posicionamientos intermedios. Ninguno de esos argumentos ha sido desmentido por mi colega. No son desvirtuación de la pureza de los demiurgos por los que Ruibal hace libaciones provocada por monstruos filosóficos, sino el alma misma de dichos personajes. El apego de mi colega a la arqueología simétrica, porque no “hace tabula rasa del pasado y dialogar con todos me parece una actitud loable” encaja dentro de lo políticamente correcto (como también coincide en afirmar Webmoor) pero sigue siendo epistemológicamente criticable hasta que sus presupuestos vayan más allá de la actual ambigüedad y sean definidos con claridad. Cuando esto suceda, anticipo que las contradicciones internas mostrarán profundas asimetrías dentro de ese aspirante a paradigma. Esta necesidad de definir la arqueología simétrica desde un punto de vista teórico y epistemológico lo pone también de relieve de manera acertada el artículo de Webmoor.

Donde creo que Ruibal ronda lo surrealista es en su afirmación de que el posprocesualismo está lejos de haber constituido un ataque a la ciencia. La ciencia está regulada por un uso estructurado de la razón, como ente objetivo aspirante a alcanzar una verdad real, mientras que la razón, desde el punto de vista post-moderno se entiende como un constructo contextual incapaz de aprehender la realidad. Foucault (1970) niega la objetividad y la posibilidad de conocer la realidad y dice que la ciencia es un mito que debe ser superado. El posestructuralismo recha-

za la existencia de verdades absolutas o hechos acerca del mundo (Derrida 1983). ¿Puede uno a tenor de estos conceptos cuestionar seriamente que el posprocesualismo no haya atacado los fundamentos básicos de la ciencia? Negar una evidencia de semejante calibre sólo se justifica desde el sofismo más pernicioso, del que obviamente no acuso a mi colega. Ruibal lo justifica diciendo que los arqueólogos posprocesuales recurren con frecuencia a la arqueometría y a la estadística para probar sus hipótesis. Sin embargo, en esto reside la belleza de la contradicción. Ahí se identifica el mismo tipo de incongruencia que comentaba en mi réplica a Víctor Fernández en el número anterior de *Complutum* cuando le decía que un constructivista que otorga la misma validez epistemológica a un curandero que a un galeno, pero que en la praxis opta por el último, entra en contradicción al hacer una elección instado por su espíritu de realista crítico. La arqueometría y la estadística están basadas en premisas que exigen criterios de demarcación (la estadística no existiría sin ellos) y por lo tanto, premisas claramente definidas de lo que es correcto o erróneo. El posprocesual acude a ellas porque es oportunista, no porque crea en ellas. Un posprocesual que utiliza métodos arqueométricos y estadísticos, es decir, científicos, lo que está haciendo es ir en contra de los principios teóricos básicos de la mayor parte de las corrientes postmodernas claramente definidas. Es lo que Bunge (2006) denomina el juego académico de los constructivistas, que al ser irrealistas promueven el vacío total (ontológico, gnoseológico, semántico, metodológico, axiológico, ético y práctico) pero que en la práctica diaria se comportan de modo distinto. En palabras de Bunge (2006: 382): Únicamente los filósofos pueden profesar el antirrealismo y esto sólo cuando escriben y enseñan”.

A mi colega la arqueología procesual le aburre y por ello le escribe un epitafio (Ruibal, 2007); esto a pesar de que varios de sus colegas (Fernández, Webmoor) reconocen que no sólo está viva, sino que académicamente es hegemónica. Ruibal dice que la heurística de la arqueología posprocesual es superior a la procesual pero no ofrece ninguna justificación que así lo demuestre. El término heurística se populariza en la filosofía de la ciencia a través del marco epistemológico realista de “los programas de investigación científica” de Lakatos (1978), quien lo define como la capacidad de un programa de investigación de explicar (a través de la contrastación) más cosas que el programa rival. La arqueología

posprocesual tendría más heurística si pudiese aportar más conocimiento contrastado que la arqueología procesual; lo cual es falso. Insto a que se me desmienta con algún ejemplo. El que una disciplina amplíe horizontes no quiere decir ni que sea más científica, ni que aporte más conocimiento, ni siquiera que se haya aproximado más a la verdad, especialmente si no cree en ella como concepto. Barceló dice que los procesuales buscamos el error y no la verdad, pero ambas cosas son caras opuestas de la misma moneda. El error sólo se busca porque nos acerca a la verdad. De hecho, en la contrastación de hipótesis la confirmación del grado de verosimilitud –truthlikeness (Niiniluoto 1987, 2002)– o de refutación (Lakatos, 1978) es exactamente simétrico. No está epistemológicamente más justificada la confirmación del error que la verosimilitud de la hipótesis en su camino hacia la verdad (Lakatos 1978; *contra* Popper). Ambas se expresan en términos de probabilidades.

Ruibal afirma que pocos arqueólogos negarán que la realidad existe, pero eso no quiere decir que todos consideren que la ciencia es el único camino para llegar a ella. Efectivamente, yo coincidiría en afirmar que hay muchos caminos para llegar a la realidad; sin embargo, la mayor parte de ellos producen incertidumbre. ¿Cómo sabemos cuando estamos cerca o lejos de la realidad? Sólo si aplicamos criterios de discriminación (demarcación) que nos permitan contrastar hipótesis, obtener resultados en la contrastación y poder rechazar o aceptar hipótesis según su heurística, es decir, su capacidad de explicación. Esto es la ciencia. Ninguno de los otros caminos indicados por Ruibal puede ofrecer dichas garantías, dejando la interpretación al libre albedrío del discurso, que es mucho más totalitario de lo que el achaca al paradigma procesual, ya que depende aún más de los círculos de poder y sus dinámicas de metamorfosis (basta con echar un vistazo al panorama europeo). Vuelvo a instar a Ruibal a que me de ejemplos. Con la misma evidencia material que un posprocesual elabora una interpretación, se pueden elaborar otras veinte, todas igual de válidas siempre que no se eche mano de un marco discriminatorio realista.

Para mi colega es necesario recuperar la verdad no por razones de una asepsia en la praxis de la arqueología, sino por otras razones entre las cuales destacan las políticas. El único uso moralmente legítimo del pasado con fines políticos actuales es el de desentrañar su realidad sin distorsionarla; y esto

es lo menos frecuente por quienes abogan por mezclar el pasado y la política moderna. Muchos posprocesuales utilizan el pasado para elaborar discursos sin fundamento real, pero insertos en agendas políticas concretas.

Ruibal sigue el concepto de Badiou de que la verdad es siempre algo nuevo. Semejante afirmación no sólo es errónea (los atomistas griegos tenían una concepción de la *Physis* que en lo estructural no ha variado gran cosa hasta el siglo XX y sólo para ampliarla), sino que además es irracional o ambigua. ¡Se pueden entender tantas cosas con semejante definición! Es como buscar la verdad en el Tao. De hecho, esta no es una afirmación exagerada ya que el mismo Ruibal pone como ejemplo de verdad la aparición de la Tragedia con Esquilo. Muchos “eventos” han surgido a lo largo de la historia del conocimiento que poco han aportado a la aproximación a la verdad (en las ciencias naturales suceden todos los días). El grado de ambigüedad con el que Ruibal resuelve la cuestión llega a un paroxismo ininteligible para un realista crítico como es que su concepción de que “el arte, la ciencia, el amor y la política son todos campos en los que puede surgir lo nuevo de la verdad..... No obstante, sería estéril tornar el debate sobre la verdad en una nueva discusión sobre las ciencias del espíritu y de la naturaleza. De lo que se trata es de comprender que en ambos casos el proceso de verdad es semejante y se basa en la fidelidad a un evento, que es impredecible y sobre todo indiscernible”. Semejante afirmación podría perfectamente haberla producido (en lo que respecta al arte y al amor) San Juan de la Cruz, pero me resulta incomprensible por parte de un arqueólogo. Yo preguntaría, ¿cómo puede surgir del arte o del amor una aproximación a la verdad, entendida como realidad comprobable? ¿Cómo podemos estar seguros de estar cerca de ella? ¿Cómo puede decirse, o mejor aún, justificarse que el concepto de verdad sea el mismo en las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu? ¿Cómo puede hablarse a estas alturas de “ciencias” del espíritu? El concepto de ciencia ha sido bien definido desde hace siglos y elijamos la definición que queramos (¿por qué no la más comúnmente aceptada en la actualidad?) no puede haber nada más incompatible con la concepción del espíritu (pese a San Agustín y Santo Tomás) que el concepto de ciencia.

Ruibal argumenta que el concepto de verdad procesual es fiel al totalitarismo, e inmutable, se con-

tenta con reproducir el conocimiento establecido. Ignoro como puede justificar mi colega semejante concepción. Desde Popper (en realidad desde bastante antes) se ha generalizado lo que se conoce como teoría evolutiva del conocimiento (la base fundamental del realismo científico) que postula que el conocimiento científico jamás se encuentra en posición estática sino que se va ampliando continuamente. En nuestro campo sólo diré que todo lo que se conoce en evolución humana, que el mismo Ruibal no me negará es mucho más de lo que sabemos hace 20 años, es el resultado de haber aplicado una arqueología y una paleontología sujeta a criterios procesuales y de realismo crítico. Un vistazo superficial a cualquier ciencia mostraría lo mismo. El totalitarismo hace uso oportunista de cualquier herramienta para conseguir sus medios, y a este respecto, si bien movimientos totalitaristas han usado ciertas ciencias para fines propios, el mayor daño de éstos ha sido la implantación de discursos sobre verdades ficticias (construidas) mucho más proclives a ser usadas como modo de engrase de dichas máquinas totalitarias.

En lo que sí comulgo con Ruibal, es un gesto foucaultiano, es en que a pesar de promulgar que la dinámica teórica del funcionamiento de la gestión de la información científica se adhiere a las reglas del realismo científico, la praxis de cómo se materializa con frecuencia en las publicaciones (de impacto o no) experimenta serias deficiencias. Los editores y comités científicos de las revistas de impacto adquieren un tremendo poder que a veces se utiliza maquiavélicamente para censurar aquellos iconoclastas del sistema o los que atenten contra el paradigma mayoritario, que siempre suele coincidir con el cultivado por la mayor parte de los miembros de dicho comité editorial; indistintamente de que el comité de la revista sea procesual o posprocesual. No es un secreto que los científicos no anglosajones tienen muchas más dificultades para hacerse oír en dichas publicaciones. El mismo editor jefe de *Nature* no tiene el menor pudor en admitir que la preselección de artículos la hace cada día a las cinco de la tarde en un pub delante de una pinta de cerveza y que los trabajos que recibe de Harvard les otorga una atención preferente. El sistema está por desgracia pervertido más por cuestiones de naturaleza humana que por la filosofía que lo respalda, puesto que sucede de igual manera en ámbitos europeos donde la publicación académica es de corte constructivista. En un mundo globalizado, el haber adop-

tado los criterios de excelencia científica de ISI exclusivamente ha otorgado al mundo académico anglosajón una preeminencia sobre los demás, que permanecen subyugados al mismo. La clave del sistema de impacto de ISI reside en que sólo utiliza el listado de revistas de su base de datos, claramente saturado de publicaciones en inglés y con serias carencias de revistas ajenas al mundo anglosajón. Ante semejante situación, la unión europea recientemente ha perdido una ocasión de oro de hacerse con una legítima balanza de poder al haber elaborado un listado de revistas de impacto europeas inspirado en la filosofía de café para todos (intentando sopesar la variabilidad lingüística y político-cultural del continente) más que en su valor científico real en cuanto al impacto efectivo académico de cada una de ellas. Al científico no le queda, pues, más alternativa que defenderse de los sesgos del sistema anglosajón si quiere universalizar su investigación o hacer frente a los caciquismos locales que regulan los criterios de excelencia en la publicación guardando la imagen de asepsia (a través de revisión por pares) pero incapaz de imponer que la dinámica del proceso esté regulada por criterios científicos. El editor/revisor en este caso siempre tiene la razón. En el panorama peninsular, en la disciplina arqueológica no disponemos de ninguna publicación que funcione de otra manera; ni siquiera la popular *Trabajos de Prehistoria*.

El artículo de Webmoor ofrece una reflexión más pausada sobre el debate procesual y posprocesual, recalcando la aversión al relativismo por la mayor parte de disciplinas académicas, más centradas en la búsqueda de la verdad. En el título de su comentario, se pregunta sobre la necesidad de recalcar que la arqueología procesual está viva y coleando. Bien, la necesidad de hacerlo es porque otras voces, menos eclécticas que Webmoor, habían promulgado la defunción del procesualismo (Ruibal 2007) y habían venido acompañados de plañideras posprocesuales para la celebración (véase especial sobre arqueología simétrica en *Complutum*). Webmoor ofrece una diatriba sobre la superación de la tradicional división entre procesuales y posprocesuales que no comparto. Uno de los problemas más graves con los que se encuentran los departamentos de antropología en EEUU en la actualidad es la profunda división entre los partidarios de una antropología científica y los antropólogos posprocesuales críticos de la misma, disfrazada dicha división de múltiples maneras: antropólogos físicos, culturales, evolucionistas

culturales, neo-darwinistas, conductualistas, etc... El resultado es una escisión de departamentos en la última década en EEUU o, en los casos en los que las dotaciones económicas no lo permiten, una segregación, que incluso llega a ser física entre procesuales y posprocesuales. Esta dicotomía no está superada y la he vivido en cada uno de los departamentos de Antropología de EEUU en donde he estado.

Webmoor indica la necesidad, creo que manera adecuada, de mostrar la utilidad práctica de la aplicación del realismo científico a la arqueología. Posiblemente, esto sea necesario para contextos recientes donde semejante paradigma se ha visto merchado por la pujanza creciente de arqueólogos posprocesuales. Sin embargo, semejante ejemplo práctico existe de manera prolija en el mundo del paleolítico. Un vistazo a la arqueología Plio-Pleistocénica de África oriental de las últimas dos décadas puede proporcionar un claro ejemplo de cómo la heurística de nuestro conocimiento se ha disparado en los últimos años gracias a la aplicación masiva de estudios sobre lítica y fauna basados en criterios procesuales propios del realismo científico. Lo que me presto a reconocer con Webmoor es que semejantes ejemplos son necesarios para contextos más recientes donde las preguntas son más diversas e incluso de diferente cariz.

Algunas de las preguntas que Webmoor plantea de manera escéptica, no dejan resquicio a una aplicación de realismo crítico ya que son difícilmente abordable por este. De ahí que al no ser capaz de responder todas las preguntas, un enfoque procesual pueda parecer, como en el caso de Ruibal, extremadamente aburrido. Lo conveniente en este caso es practicar varias arqueologías, reconociendo donde terminan las científicas de las más especulativas, para poder abarcar la gama de preguntas que cada arqueólogo quiera hacerse en un periodo determinado.

Webmoor plantea la inconveniencia de dejar intervenir a los filósofos en una disciplina en la que los arqueólogos hemos alcanzado cierto consenso sobre lo que constituye una buena explicación. Sin embargo, yo discrepo que semejante consenso exista. Me gustaría ver una definición al respecto. A buen seguro que lo que constituye una buena explicación para Webmoor resulta insatisfactoria para mí. Lo que propone Webmoor podría fácilmente confundirse con practicar la arqueología sin una continua reflexión filosófica teórica, y sin semejan-

te teoría, nuestra disciplina está abocada al absurdo. De hecho, el dejarse arrastrar por el hábito pragmático de hacer las cosas como venimos haciéndolas sin mayor reflexión epistemológica es lo que produce la diversidad de enfrentamientos que existen en el seno de la arqueología/antropología mo-

derna y la panoplia de interpretaciones que los acompaña. Sin epistemología somos incapaces, ante un vacío filosófico, de discriminar cuáles de dichas interpretaciones son las que nos acercan a la realidad del pasado. Es la diferencia entre intentar acercarnos a la verdad o seguir contando cuentos.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BUNGE, M. (2006): *A la caza de la realidad. La controversia sobre el realismo*. Gedisa Editorial, Barcelona.
- DERRIDA, J. (1983): Letter to a Japanese friend. *A Derrida Reader: Between the Blinds* (J. Derrida y P. Kamuf, eds.), Harvester, Londres: 271-276.
- FOUCAULT, M. (1970): *Arqueología del saber*. Siglo XXI, Méjico.
- LAKATOS, I. (1978): *The methodology of scientific research programmes*. Cambridge University Press, Cambridge.
- NIINILUOTO, I. (1987): *Truthlikeness*. D. Reidel, Dordrecht.
- NIINILUOTO, I. (2002): *Critical scientific realism*. Oxford University Press, Oxford.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (ed.) (2007): Arqueología simétrica: un giro teórico sin revolución paradigmática. *Complutum*, 18: 283-319.